

esos actos salvajes, poniéndose á la cabeza de gavillas que nada respetan, daban á la lucha que se sostenía en esos momentos entre el poder imperial y el partido juarista, el verdadero carácter bajo el cual debía ser considerada: el de guerra entre la barbarie y la civilización. Apoyaba su opinión en varios hechos. (3)

El Mariscal Bazaine no podía ser considerado buen juez en lo relativo á la ley de 3 de Octubre; él era el jefe de una fuerza extranjera y no el jefe de una Nación, en la cual gran parte sentíase afectada por el rigor que no fué posible calificar sino de un paso enteramente torpe é impolítico. Acostumbrado el comandante en jefe á verse obedecido con sumisión perfecta, tenía la convicción de que sólo la fuerza material bastaba para vencer todos los obstáculos.

Las represalias se sucedieron y con la lucha aumentaron las atrocidades; llegó la exasperación del cuartel general á su colmo, cuando el 7 de Octubre las guerrillas atacaron el tren del camino de fierro en Loma de Piedra, se apoderaron de un subteniente de ingenieros coloniales, de un guarda de artillería y de siete individuos de tropa que fueron matados y mutilados. Entonces expidió Bazaine la otra circular fechada el 11 de Octubre, en la que decía á los comandantes superiores: «que en presencia de esos hechos salvajes, las represalias venían á ser una necesidad y un deber.» «Todos esos bandidos, decía, comprendidos los jefes, han sido puestos fuera de la ley por el decreto imperial del 3 de Octubre.» «Os invito á que hagáis saber á las tropas que están bajo vuestras órdenes, que no consiento en que se hagan prisioneros; *todo individuo, cualquiera que sea, cogido con las armas en la mano será matado.*» «No habrá canje de prisioneros en el porvenir. Es necesario que sepan nuestros soldados, que no deben devolver las armas á semejantes adversarios. *Esta es una guerra á muerte, una lucha incondicional entre la barbarie y la civilización. Por una y otra parte es necesario matar ó hacerse matar.*»

¿Con esa extrema conducta de Bazaine, no quedaba reducida la civilización á emplear los mismos procedimientos que la barbarie? Era absurdo y vergonzoso que la civilización, olvidando su misión grandiosa reemplazara al salvajismo, por medio de las represalias. ¿Qué justicia podía entrañar el querer que fuese castigada toda una población, tan sólo porque un individuo había cometido en ella un crimen? ¿y por qué si una aldea se sublevaba había de castigarse á toda una

(3) «Dijo que el 18 de Junio de 1865, atacó Arteaga á Uruapam, se apodera de la ciudad después de un combate de treinta horas, y, lejos de honrar el valor de los defensores, fusila sin piedad al comandante Lemus, al subprefecto Isidro Paz y á uno de los notables de la ciudad que habían tomado las armas por la causa del orden.»

«El 7 de Julio, Antonio Pérez asesina con su propia mano al capitán Kurzroch, que transportaban herido sus húsares, después del combate de Ahuacatlán.»

«El 1° de Septiembre, Ugalde sorprende en San Felipe del Obraje un destacamento de la guardia municipal de México, y manda fusilar á los oficiales.»

«En fin, el 7 de Octubre corriente, guerrillas reunidas en las tierras-calientes de Veracruz, atacan el tren del camino de fierro en Loma de Piedra, se apoderan del subteniente de ingenieros coloniales Friquet, del guarda de artillería Loubet y de siete hombres de tropa. Los nueve cadáveres fueron encontrados al siguiente día horriblemente mutilados.»

comarca? Tan injusto era esto, como hacer responsable á un hacendado porque en sus terrenos aparecía ó penetraba una guerrilla. Los franceses, titulándose heraldos de la civilización, usaban procedimientos que les quitaban ese bellissimo título, opuesto á la guerra de conquistas políticas que producen tan sólo la esclavitud de los pueblos.

Los republicanos no retrocedieron ante la sanguinaria actitud de sus enemigos; por el contrario, dieron pábulo á su actividad y se presentaron más resueltos que antes para arrostrar la muerte, siendo reducido el número de los que se acogieron temporalmente al indulto, como medida de conveniencia para adquirir elementos y continuar la lucha.

En aquellos momentos de efervescencia y cuando menos se esperaba, fué atacada Morelia por los republicanos el 12 de Octubre (1865) á las tres y cuarto de la tarde, y ocupada por poco tiempo una parte de ella. Favoreció ese rápido golpe, la circunstancia de haber salido el coronel Méndez á expedicionar en la tierra caliente, quedando custodiada la ciudad por una fuerza de cerca de 200 belgas, cuyas filas habían disminuido mucho á causa de las enfermedades. Se concentró la guarnición en el perímetro fortificado, que tan solo abrazaba el centro de la ciudad; los republicanos pudieron penetrar por la calle real hasta Santa Catarina; allí se encuentran á los belgas fortificados; el combate fué largo y mortífero, retirándose los asaltantes á los suburbios y luego abandonaron la ciudad sabiendo que, procedente de San Luis Potosí, avanzaba el general Neigre con una columna.

La sorpresa de la ciudad fué completa; habría sido tomada á no haber presentado resistencia la guardia que ocupaba la garita. Los asaltantes aparecieron de improviso por las calles que conducen de la entrada del camino de Chicácuaro á las trincheras del Poniente de la ciudad, é iban al mando de Riva Palacio y Ronda. El retén belga de la garita de Chicácuaro fué hecho prisionero. Al anochecer se retiraban los republicanos por el camino de Cuitzeo. La fuerza liberal estaba compuesta de cerca de mil hombres, y no habiendo podido penetrar al recinto fortificado, permaneció el resto de la tarde en la calzada de los Tres Puentes; al anochecer se dirigía á Quinceo donde pernoctó y al siguiente día continuó su retirada. En la sorpresa, soldados belgas y oficiales fueron perseguidos en las calles por los que atacaban. El coronel Méndez se había llevado hasta la policía y fué necesario llamar en auxilio de la ciudad, al jefe Alejandro que estaba en Queréndaro con un escuadrón y otro de Acámbaro.

El coronel Méndez, salido de Pátzcuaro para Uruapam el 8 de Octubre, conducía mil trescientos infantes y ginetes; los liberales en mayor número ocupaban á Uruapam y permanecieron allí hasta que Méndez llegó á Tarétan, cerca de siete leguas de aquel pueblo; entonces se fraccionaron. Los republicanos que sorprendieron á Morelia se habían organizado en Puruándiro, á donde se retiraron, pusieron aduana y establecieron autoridades. La capital de Michoacán siguió en estado de sitio, ocupadas las trincheras y durmiendo la tropa en los portales de

la plaza; se aumentaban las fortificaciones y á causa de repetirse constantemente las alarmas, se efectuaban muchas prisiones y se hacía cada vez más violenta la situación del vecindario.

El general Arteaga había reunido en Uruapam un grupo regular de fuerzas que ascendían á 2,900 hombres y sobre él se dirigía el coronel imperialista Méndez. Al aproximarse éste, dividió Arteaga sus fuerzas en tres fracciones: una á las órdenes de Ronda y Riva Palacio atacó á Morelia; Zepeda con 700 se dirigió á los Reyes, y quedaron Arteaga y Salazar con 1,200, con los cuales se dirigían á la tierra caliente; pero alcanzados y sorprendidos el 13 de Octubre en Santa Ana Amatlán, fueron hechos prisioneros los jefes y 400 de tropa, perdiendo todas sus municiones, caballos y bagajes, y dispersándose el resto de la fuerza. Zepeda también fué derrotado al querer penetrar al territorio de Colima.

Había salido de Morelia el Coronel Méndez en los primeros días de Octubre, con parte del regimiento de caballería á las órdenes del coronel Wenceslao Santa Cruz, y llegó el día 6 á Pátzcuaro; en la noche de este día organizó una brigada con la cual marchó sobre Uruapam, en cuyos suburbios se encontró el siguiente día, impidiendo el avance de su fuerza y penetrar, una terrible tempestad que hizo crecer los arroyos de tal modo, que los batallones quedaron cortados y hasta las doce de la noche pudieron pasar.

El general Arteaga, acompañado del comandante general y gobernador de Michoacán, Salazar, y del coronel Díaz Paracho que tenía grande influencia sobre los indígenas de Uruapam, Tancítaro, Paracho y otros pueblos, iba rumbo á Tancítaro con los 1,200 hombres, la mayor parte infantes, entre ellos porción de jefes y oficiales que seguían al cuartel general.

Méndez dió descanso á su tropa el día 10 y resolvió seguir con tenacidad á Arteaga, aunque aparentaba encargarse de otras partidas y que no era aquel jefe su verdadero punto de vista. El día 12 fué la jornada de San Juan de las Colchas á Tancítaro, de donde hacía dos horas se habían retirado los republicanos, que fueron tiroteados por las guerrillas de Méndez en el espacio de tres leguas. Pernoctó este jefe en Tancítaro y saliendo á las dos de la mañana con una sección ligera de cuatrocientos infantes y trecientos dragones, se dirigió á Santa Ana Amatlán, en donde tenía por seguro dar alcance á Arteaga y derrotarlo, pues no podría creer este jefe, que en algunas horas de la mañana lograrían sus contrarios salvar nueve leguas en la tierra caliente. Catorce soldados de Méndez murieron de fatiga, más de cuarenta caballos del 4º quedaron asoleados, pero Méndez consiguió sorprender y derrotar á Arteaga.

Los movimientos de las fuerzas de Arteaga tendían á impedir una sorpresa. El 1º de Octubre, (1865) encontrándose en Uruapam las tropas que mandaba este general y sabiendo que el coronel Ramón Méndez iba á atacarlas, se verificó una junta entre Arteaga y los jefes Salazar, Riva Palacio y Villagómez, decidiendo que convenía retirarse. Entonces tomaron el camino de Santa Ana Amatlán los dos primeros con su respectiva fuerza. Pernoctaron

en una barranca, cerca Tancítaro; al siguiente día entraron al pueblo y dieron algunas horas francas á los soldados para que lavaran su ropa. Al saber que el enemigo se acercaba, ordenó Arteaga inmediatamente la marcha, y durmieron en una hacienda entre Tancítaro y Santa Ana Amatlán, quedando la vigilancia del campamento á una compañía de exploradores, pues la tropa rendida por el cansancio, estaba ya entregada al descanso á las nueve de la noche.

A las once de la misma fué despertado el general Arteaga por Villagómez y García de León, para entregarle una comunicación que acababa de presentar un correo. Arteaga leyó el papel junto á una luminaria y exclamó:

—¡Ah, qué Méndez!

—Pues qué dice—le interrogó García de León.

—Que primero es mexicano y patriota que traidor y que desea pasarse con nosotros.

—No se fie vd., general, le replicaron.

El indígena correo fué puesto en libertad y el comunicado quedó sin respuesta; pero los jefes que supieron el contenido siguieron alarmados.

Al día siguiente llegaron los republicanos á Santa Ana Amatlán, que está situado en una hondonada y fueron apostados vigías en las alturas. Arteaga se apeó á la entrada de la población y tomó un ligero desayuno. Salazar calificó de peligroso quedarse en aquel punto, y García de León presentándose en el cuarto en que Arteaga descansaba, le hizo notar que allí podían ser sorprendidos y encerrados

—No, no, que descanse la tropa, contestó. Diga vd. á Pepe Mateos que cambie sesenta onzas para darle sueldo á la tropa.

Entraron todos á la población, donde se había preparado la casa principal para Arteaga, á la que llegó cuando la tropa había empabellonado sus fusiles frente al corredor, del lado de la plaza. El Coronel Pérez Milicua quedó recostado en el corredor y se habían sentado á la mesa los jefes Carlos Borda, Manuel García de León, Jesús Villagómez y Juan González. Acercóse á ellos Arteaga é iba tomar el primer bocado, cuando se notó un gran alboroto por toda la plaza y se oyeron gritos de ¡Viva el Imperio! La tropa republicana corría en tropel hacia la entrada de las calles y al jardín, sin atender á la voz de sus jefes; García de León quiso en vano cerrar las puertas del alojamiento del general; lo arrollaron los soldados que corrían en grupos y se volvió á la sala, donde ya no encontró más que el saco y las dos pistolas de Arteaga sobre la repisa de una ventana; retorna al zaguán y se encuentra á Arteaga parado en el quicio, en chaleco, y con la espada en mano. A corta distancia comenzaba un tiroteo promovido por Salazar que hacía frente á los imperialistas.

Entonces Arteaga y García de León se dirigen á la huerta de la casa, donde se reúnen con algunos compañeros que brincan la cerca de uno en uno, siendo Arteaga el penúltimo, instado por García de León, quien dejó las pistolas del general, por encargo de éste, en un tronco podrido de plátano que allí se en-

contraba. Cuando saltaron á la calle, los de Méndez ya habían deshecho á los que se les oponían y buscaban á Arteaga. Apoyado éste por un lado en el brazo de García de León y por el otro en su espada, ganaba un breñal, cuando tres dragones corrieron hacia ellos y les marcaron el alto, exigiéndoles que se dieran por presos. Al pedirle la espada les contestó Arteaga:

—Si no puedo hacerles nada con ella. Me sirve nada más de apoyo. Estoy enfermo de mi pierna. Sin embargo, la entregó.—El secretario de Arteaga, D. Justo Mendoza, logró escapar.

Los prisioneros fueron encerrados en una casa de la plaza, y enfrente estuvo tocando una banda de música, que fué retirada por disposición del comandante Amado Rangel.

El coronel Méndez ordenó el regreso para Uruapam y que se ejerciera extrema y dura vigilancia sobre los prisioneros. Llegaron á esa ciudad el día 20, y fueron conducidos ante la Corte Marcial instalada en la sala contigua á la prisión. De la sentencia de muerte solamente se salvó, en su calidad de jefe, el coronel Vicente Villada. Al amanecer el día 21 se oyó el toque de llamada y las fuerzas comenzaron á formarse en columna. A las siete entró á la prisión un oficial belga y dispuso que salieran los prisioneros, y que penetraran al cuadro que se había formado á un lado de la iglesia, dejando un hueco frente á unas paredes, en el mismo lugar en que meses antes habían sido pasados por las armas el coronel Lemus y el subprefecto Isidro Paz, por orden de Arteaga. Pocos instantes después se presentaron allí Arteaga, Salazar, Villagómez, Díaz Paracho y Juan González sacerdote liberal. Arteaga no se dejó vendar y lo mismo hicieron los otros cuatro prisioneros; á la voz de fuego cayeron atravesados por las balas. Salazar había empezado á perorar, excitando á los mexicanos á que continuasen la obra de la República. Los prisioneros restantes fueron llevados para Morelia; pero en Pátzcuaro, Méndez arregló con Riva Palacio un canje entre belgas y mexicanos.

Con los vencidos iban Generales y Coroneles que pertenecían al Ejército permanente de la República; oficiales de escalafón que habían estado combatiendo contra las fuerzas francesas desde que éstas desembarcaron en las playas mexicanas. El General Arteaga había sucedido á Uraga en el mando del ejército del centro, fué leal á toda prueba á la causa republicana y gozaba de alta reputación de probo entre sus compatriotas; mostró principalmente sus cualidades de constante y sufrido en la campaña sostenida contra franceses, voluntarios, belgas y mexicanos imperialistas, en el Estado de Michoacán. Los otros jefes y oficiales que fueron hechos prisioneros, gozaban bastante consideración en el ejército republicano. (1) El jefe Villagómez mandaba el escuadrón de Elizondo, cuando este cuerpo abandonó en Ario las filas imperiales.

(1) Quedaron prisioneros en poder de Méndez: el General en Jefe Arteaga, el Comandante General Salazar; los Coroneles Díaz Paracho, Villagómez, Pérez Milicua y Villada, cinco Tenientes-coroneles, ocho comandantes, otra porción de oficiales subalternos y cuatrocientos individuos de la clase de tropa, todo el armamento, parque y caballada aunque ésta casi inútil.



*General Carlos Salazar.*

El 13 de Octubre de 1865, era sorprendida y derrotada en Santa Ana Amatlán la división que mandaba el general J. M. Arteaga, en unión del cual cayó prisionero el general Carlos Salazar. Entonces el Gobierno imperial de Maximiliano se veía ya obligado á apelar á medidas extremas para hacer frente á su desesperada situación, y tanto el ministro de la guerra como el general Bazaine, mandaron al jefe vencedor, Ramon Méndez, que aplicase á los prisioneros la ley vigente de 3 de Octubre. En consecuencia, el general Carlos Salazar fué fusilado en Uruapam el día 21 de ese mismo mes en unión del general Arteaga y los coronales Villagomez y Díaz Paracho.